

UN CONCILIO ECUMÉNICO DE LA PAZ

C. F. von Weizsäcker

LLAMADO

Aprobado en el Congreso Sinodal de la Iglesia Evangélica Alemana, realizado el 8 de Junio de 1985 en Düsseldorf.

Llamamos a las Iglesias del mundo a que convoquen a un concilio por la paz.

La paz es hoy la condición imprescindible de la supervivencia de la humanidad. Ella no está asegurada. En un concilio ecuménico convocado en nombre de la paz, las Iglesias cristianas, en común responsabilidad, deben levantar una voz que la humanidad no puede dejar de escuchar.

El tiempo apremia. Pedimos a las autoridades de todas las Iglesias que hagan lo necesario para que el concilio se reúna tan pronto como sea posible. Pedimos a todas las Comunidades que, a través de su apoyo explícito, le otorguen fuerza al llamado a este concilio.

LA IDEA DEL CONCILIO

En una alocución matutina en la Conferencia Mundial de Iglesias, realizada en Fanö en Agosto de 1934, ante la inminencia de la Segunda Guerra Mundial, el joven Dietrich Bonhoeffer de 27 años llamó a un gran congreso ecuménico, "que proclamara la paz de Cristo en este acelerado mundo". Palabras patético-proféticas de un hombre, de las cuales el mundo entonces no tuvo noticia.

Un concilio (en griego: sínodo) es, según la tradición cristiana, una reunión de la totalidad de la Iglesia que tiene el derecho y la obligación de pronunciarse comprometidamente. Después de casi 50 años des-

de el llamado de Bonhoeffer, revive el pensamiento de un concilio mundial de la paz. Este se presentó al Consejo Ecuménico de las Iglesias en su conferencia mundial en Vancouver en 1983. El Consejo Ecuménico decidió un paso temáticamente extenso aunque cauto en su formulación y en su lapso de realización. Este desea convocar para 1990 una reunión ecuménica sobre la Justicia, la Paz y la Conservación de la Creación.

Una comisión preparó un llamado a un concilio de la paz para ser presentado en el Congreso de la Iglesia Evangélica Alemana, de 1985. Se me pidió participar en una discusión pública sobre este llamado. En esa ocasión formulé un nuevo texto del llamado, el que fue aceptado y adoptado por la presidencia del Congreso de la Iglesia. Desearía ahora pasar a explicárselo a Uds.

El Congreso de la Iglesia Evangélica retomó la palabra "Concilio". Obviamente, esto no significa competir con la Asamblea Mundial preparada por el Consejo Ecuménico sino que fortalecer su importancia. Entendemos la intención del Consejo Ecuménico así: esta reunión no debe convertirse en una más entre tantas otras conferencias. La reunión debe comprender representantes de todos los sectores de la Iglesia y emitir declaraciones de carácter normativo. Esto es lo que hemos querido expresar al retomar el nombre de "Concilio". Pero, aún cuando las Iglesias participantes desearan, debido a su historia, evitar el nombre de "Concilio" para esta reunión, ésta no debiera fracasar sólo a causa de la elección del nombre.

El Concilio debe estar constituido por el mayor número de representantes posibles. El llamado se dirige a todas las Iglesias. La realización del Concilio estará decidida cuando la Iglesia Católica llegue a un acuerdo con las Iglesias representadas en el Consejo Ecuménico. Hoy en día, ya se habla incluso de un concilio de todas las religiones del mundo. Esto sería algo sumamente importante. No lo he propuesto, porque históricamente sería todavía prematuro y, sobretodo, porque el tiempo apremia. Un concilio de los cristianos, en cambio, puede ser fácilmente definido en cuanto a sus procedimientos y objetivos, si tomamos en consideración su historia en común.

El Concilio debe abarcar una amplia gama de temas. No podrá sustraerse a los temas propuestos por el Consejo Ecuménico: Justicia, Paz, Conservación de la Creación; es decir, concretamente: la desigualdad social, los derechos humanos, el peligro de las guerras y la conservación del medio ambiente. Estos temas no son sólo de política mundial sino que también muy relevantes dentro de las Iglesias. En las concepcio-

nes sobre ellos se han constituido líneas “conservadoras” y “radicales”, las que mutuamente se perciben como intolerables, no sólo desde un punto de vista político, sino que también desde uno teológico. El Concilio estaría desde el principio condenado a un sin sentido, si en él no estuvieran ampliamente representadas ambas líneas. La Iglesia sólo podrá hablar con una efectiva autoridad a su entorno político, si comprueba con su acción que las partes litigantes en su interior son capaces de formular un modo de acción en común.

Este intento es, en realidad, la prueba de fuego del Concilio.

El Concilio debe pronunciarse comprometiéndose a sí mismo y a los demás. El mundo, su receptor, tiene un oído fino para fórmulas de compromiso piadosas, pero sin consecuencias. Los cristianos pueden hablar comprometidamente cuando se abren interiormente a los fundamentos de su fe. Un concilio debía iniciarse necesariamente pidiendo la ayuda del Espíritu Santo. La palabra profética — como es la experiencia cristiana — es inspirada por el Espíritu Santo. Sin embargo, no debemos esperar que el Espíritu inspire a aquellos que no hayan hecho un supremo esfuerzo con la razón que se les ha otorgado.

Justicia Social

La humanidad se encuentra en una crisis, cuyo catastrófico punto cúlmine se halle a probablemente todavía delante de nosotros. Me referiré, en primer lugar, al resultado a largo plazo de esta crisis: la injusticia social.

Nunca tantos seres humanos han vivido en tal bienestar como hoy en día. Nunca tantos seres humanos han vivido en tal miseria y hambre como hoy en día. ¿ Por qué? ¿Qué se debe hacer?

La desigualdad en la repartición de los bienes es tan antigua como la civilización: 6.000 años. Los ricos y los pobres constituyen un tema fundamental de la Biblia. Jesús vino donde estaban los pobres. Desde la Ilustración, tanto el Mercantilismo como el Liberalismo económico han prometido un aumento del bienestar general, mientras que el Socialismo ha exigido la repartición igualitaria de los bienes. Hoy se observan tres obstáculos a estas promesas: el continuo crecimiento demográfico, los límites ecológicos del crecimiento económico, la generación de desigualdades en el mercado mundial.

El crecimiento demográfico: En los estratos sociales bajos, especialmente en los medios rurales, existe un gran interés económico por te-

ner muchos niños: ellos son la única fuerza de trabajo gratis y constituyen los futuros proveedores. Aparentemente, para poder detener el crecimiento poblacional habría primero que superar la pobreza. Un círculo vicioso muy peligroso.

Los límites ecológicos del crecimiento: Hasta el momento, sólo los países del hemisferio norte han tomado conciencia de ellos. Los habitantes del hemisferio sur consideran un nuevo colonialismo el que se les predique sobre límites a su crecimiento. La posibilidad de una modernización conciente de los problemas ecológicos presupone un entendimiento de estos problemas que, en medio de conflictos sociales, no existe ni entre las clases dominantes ni entre las dominadas, ni puede tampoco allí desarrollarse.

Las desigualdades en el mercado mundial: Me temo que, respecto de la justicia social, el mercado mundial actual tiene un pronóstico peor que los antiguos mercados internos nacionales. El mercado necesita al estado para que garantice la paz, el orden jurídico y la infraestructura. El orden jurídico es condición previa para una igualdad social o, al menos, para una relativa seguridad de los miembros de la sociedad. En el mercado mundial actual, los estados de las naciones más pobres compiten entre sí. Un orden jurídico realizable a nivel mundial no ha sido hasta ahora desarrollado.

Los derechos humanos: La miseria económica crea gobiernos, no importa cuál sea su tendencia política, que no confían en sus propios súbditos. Son indispensables las apelaciones morales; sin embargo, la raíz del mal yace en las condiciones materiales. ¿Quién puede cabiarlas?

La Paz Política

La institución de la guerra es tan antigua como la desigualdad social — por lo menos unos 6.000 años —. Sin embargo, hoy se ha iniciado un cambio en la toma de conciencia como nunca antes se había visto. Los seres humanos comienzan a considerar la superación de la guerra como una institución política reconocida, como una tarea solucionable en nuestro mundo, y no ya como una mera esperanza en un más allá.

Ahora bien, existe tanto en el Norte como en el Sur una cierta forma de ceguera en lo que concierne a la otra región. En el Norte, cada superpotencia ve a la otra como el gran peligro. En esta lucha de poder, generalmente el Sur es percibido sólo como una parte del tablero de aje-

dre, sobre el cual el adversario realiza su juego. De modo recíproco, en el Sur crece una fuerte antipatía contra **ambas** potencias del Norte.

! Déjenos con vuestros conflictos en paz!

De hecho, la suerte de ambas partes del mundo está ya hace mucho tiempo casi indisolublemente unida.

Los armamentos bélicos y de terror utilizados en los conflictos de Sur son producidos en el Norte. Los focos de conflicto que podrían desencadenar una guerra entre las potencias del Norte están en el Sur. Ahora bien, una gran guerra en el Norte no dejaría incólume el Sur; aún sin radioactividad e inviernos nucleares se desencadenaría una catástrofe de hambre sin precedentes en el Sur, producto de la destrucción transitoria de la economía mundial.

En los últimos decenios, la disuasión por medio de armas nucleares ha contribuído sustancialmente a la prevención de esta guerra. Nos ha concedido un respiro importante, pero nada más que un respiro. En último término, la necesaria paz mundial no podrá ser asegurada técnicamente sino sólo por vía política. Sólo **una** falla en un siglo es suficiente para desencadenar la catástrofe. El tiempo apremia.

Permítanme una parábola. En Australia y América hubo a menudo devastadores incendios forestales, luego de los cuales los bosques no obstante podían recuperarse. Se fue aprendiendo a prevenir cada vez mejor estos incendios. Sin embargo, por el hecho de prevenirlos, se fue acumulando cada vez más material combustible. Así, cuando a pesar de todo se iniciaba un incendio, se desencadenaba con tal fuerza que dejaba tras de sí un área donde los animales y las plantas que allí habitaban nunca más podían volver a desarrollarse. Estos últimos 40 años de paz en el Norte podrían ser sólo el período de prevención del incendio del bosque de la humanidad.

Trasfondo Histórico

Se podría demostrar paso a paso que todos los problemas anteriormente señalados pueden ser resueltos por medio de la utilización conjunta de nuestra racionalidad. ? Por qué entonces la injusticia social y la guerra son males tan arraigados? Los pesimistas hacen de ellos res-

ponsable a la naturaleza del ser humano. "El hombre es el lobo del hombre". Sin embargo, la psicología del comportamiento nos enseña que los lobos en general nos se matan mutuamente. El lobo no es para el lobo un hombre.

En lo anterior, le he dado a ambos males de la Humanidad, tentativamente, una edad de 6.000 años. Es decir, no los he atribuido a la naturaleza del hombre, mucho más antigua, sino que al mayor paso dado en la historia cultural de la Humanidad: a la aparición de la civilización, suceso que hasta hoy no hemos asimilado enteramente.

Sociedad pequeña podemos designar a un grupo en el que las interrelaciones de sus miembros pueden todavía regularse basándose en el conocimiento personal; sociedad grande, a aquel grupo donde esto ya no es más posible. La civilización crea sociedades grandes. En ella deben ser objetivadas las relaciones necesarias para la sobrevivencia de la sociedad. Se generan conocimientos abstractos, estructuras de dominación, dinero, derecho y poder. El hombre es capaz de acumular medios para lograr fines: alimentos, herramientas, armas de caza, dinero, armas contra otros hombres, agrupaciones políticas. En la vibrante competencia por el poder se llega a una lujuria y a un exceso de poder. Sólo aquel que participa en la carrera por la acumulación de instrumentos de poder tiene la posibilidad de no ser eliminado. En estas carreras se observa nuevamente el fatal círculo vicioso: para cada participante es una exigencia el tener éxito en la competencia; sin embargo, esta competencia puede finalmente causar la destrucción de la totalidad del conjunto.

Hasta el momento, la humanidad sólo ha sobrevivido a la lucha por el poder debido a la existencia de movimientos opuestos en dos formas: una reservada y fría y la otra ardiente y apasionada. La forma reservada podemos denominarla razón y la apasionada amor. La razón puede describirse como la aprehensión expresable en fórmulas concretas. La política es siempre el compromiso repactado entre el poder y la racionalidad. El amor al prójimo, como lo enseñan las grandes religiones, es la preocupación por nuestros semejantes. Es también un exceso, una oposición a la lujuria del poder. La razón y el amor no son idénticos, pero tampoco pueden prescindir el uno del otro. La razón objetiviza, crea el derecho y exige una moral política. El amor al prójimo, sin embargo, no produce una moral mesurada, sino que una del exceso: en términos cristianos, no la ley sino el evangelio.

El Papel de La Iglesia

Todo lo que se nos ha transmitido de Jesús, principalmente el todo congruente del sermón de la montaña, las parábolas y las prédicas escatológicas expresan la esperanza en el juicio inminente y terrible, y en una nueva vida para los hombres posterior a este juicio. El reino de los cielos ha llegado; permaneced despiertos cuando el prometido venga. La nueva venida de Jesucristo -la parusía- tal como está expresada en las cartas de San Pablo y en los evangelios sinópticos, no se ha cumplido históricamente. No obstante, soy incapaz de sustraerme a la verdad interior que se expresa en el inconfundible tono del sermón de la montaña, las parábolas y las prédicas sobre el juicio final de Jesús. Esta verdad se refiere a los acontecimientos de este mundo, no a una evasión al "más allá", independientemente de nuestra habilidad actual de comprender o no su relación con los acontecimientos reales de la historia de la humanidad.

Los cristianos se encontraron, 300 años más tarde, en una situación que no estaba de ninguna manera contemplada en el Nuevo Testamento. El mundo no cristiano no había sucumbido, sino que los cristianos se transformaron en sus señores. El emperador cristiano y su séquito de obispos asumieron la misma responsabilidad mundial que antes había asumido el emperador estoico y el senado romano. ¿Cómo debían actuar? El modernismo de entonces no les ofrecía ningún otro instrumento de pensamiento que la filosofía griega y la práctica estatal y jurídica romana. La iglesia cristiana vivía, casi cada siglo, de nuevo el conflicto entre ajustarse responsablemente al mundo y condenar escatológicamente a su entorno. Se puede decir que, finalmente, nadie ha transformado tanto el mundo como los cristianos, quienes en principio sólo esperaban su fin.

En la época moderna europea, la Ilustración se transformara en la punta de lanza de la evolución de las ideas. La Ilustración ya no quiere seguir padeciendo pasivamente el mundo ni sustraerse de él por vía espiritual sino que quiere transformarlo activa y racionalmente. La espera del fin del mundo se transformará en la fe en el progreso. La iglesia se torna a la defensiva y desde entonces se convierte, intelectual y políticamente en conservadora.

En nuestro siglo se está generando una crisis: la de la época moderna. He intentado describirla. Como la única posibilidad de supervivencia aparece un esfuerzo de racionalidad conjunta. Ella debe imponerse contra la racionalidad miope de los intereses individuales y contra las fuertes pasiones que acompañan a estos intereses. Las pasiones sólo

pueden ser neutralizadas con otras pasiones. No puedo imaginarme que alguien pueda llevar a cabo los cambios de conciencia necesarios, sin antes haber pasado por la desesperación y sin haber sido salvado de ella por aquella pasión, que es el amor al prójimo.

Tenemos aquí la figura de la escatología cristiana. La desesperación es la anticipación espiritual del juicio y el amor al prójimo es la nueva vida. Si la iglesia entiende la tradición de sus orígenes, tiene entonces algo que decirle al mundo, que sólo ella puede decirle.

Realización

El tiempo apremia. Estaba y estoy convencido que dentro de dos años se podría llamar a un concilio y que máximo en un año se podría llegar a una primera fase de resultados.

Naturalmente con frecuencia, me preguntan cuáles resultados podría y debería entonces lograr el concilio. Generalmente, la pregunta conlleva un cierto tono escéptico: ¿no demostrará el concilio sólo la incapacidad de las iglesias para emitir una declaración fundamentada y susceptible de ser puesta en práctica? Hasta el momento, me he resistido a la tentación de responder esta pregunta con un catálogo de posibles resultados. Si examino por qué evito esta respuesta, llego a la conclusión que es en el fondo por respeto a las discusiones entre opiniones opuestas, difíciles e inevitables que se tendrían que llevar a cabo **durante** el concilio. Se podrían prefigurar, siguiendo la lógica interna de su razonamiento, las exigencias de cada una de las partes; pero, lo importante es el grado de acuerdo posible, que debe ser sometido a prueba en la discusión misma. Cada comprensión verdadera entre ellas es mejor que las condenas mutuas.

Respecto al orden de las preguntas técnicas propongo comenzar con el problema de la prevención de la guerra nuclear. Ella constituye una amenaza que cada día podría convertirse en realidad y que entonces, por lo menos provisionalmente, terminaría con toda esperanza en un orden mundial justo. Aunque el problema de la prevención de la guerra es técnicamente complejo, las posiciones de la teología moral adoptadas frente a él pueden ser fácilmente descritas. Si en el concilio existe alguna posibilidad de lograr un acuerdo en esta pregunta, entonces su discusión podría llevarse a cabo en un tiempo relativamente corto.

Mi proposición es, por lo tanto, que el concilio se preocupe en primer lugar del problema de la paz, en su sentido más específico. Si en él

se lograra un consenso, entonces le sería permitido proseguir con los extensos ámbitos del problema de la justicia. Habiendo experimentado ya un éxito en el acuerdo sobre el tema de la paz, el complejo de problemas sobre la justicia podría ser tratado con mayor perspectiva de éxito. Por el contrario, si ni siquiera se lograra, en la teología moral, un consenso sobre el armamento nuclear, entonces la controversia sobre los caminos de la justicia no ofrecería casi ninguna posibilidad de solución.

Si el concilio se arriesga a utilizar el sereno lenguaje profético tendrá el derecho a decir que ha llegado la hora en la historia de la humanidad en la cual la guerra deberá ser superada como institución. Si observo correctamente, este es, por ejemplo, el punto donde convergen las argumentaciones, por lo demás divergentes, de las dos pastorales de los obispos católicos alemanes y norteamericanos, de 1983. Si aceptamos, como lo afirman los obispos norteamericanos, primero que la guerra nuclear es incompatible con la doctrina tradicional de la guerra justa; segundo, que tampoco la amenaza de un crimen puede constituir la base de un orden justo y, tercero, que justamente esta amenaza haya, hasta ahora, posibilitado un estado de paz provisional, entonces, posiblemente no nos queda otra solución que aspirar a un orden político, el cual excluya por principio la guerra. Esta es, sin embargo, una palabra profética no directamente política: nadie sabe cómo se llevará a cabo este nuevo orden.

A la luz de esta declaración, se podrían desarrollar largos catálogos con medidas razonables posibles de realizar; y serían necesarias para que la declaración básica no permanezca como mera retórica. Pero, éste es ya tema de otra exposición.